

sulado y, sobre todo, la dictadura no eran más que la autoridad real restringida en tiempo, la nueva institución no era más que el consulado vuelto poco á poco á su antiguo origen monárquico. El Senado, dócil instrumento de César, se encargó de esta obra.

Como todos los dictadores militares salidos de la anarquía, lo primero que César hizo fué nivelarlo todo. Después de celebrar sus triunfos con un gasto inmenso, triunfos que no eran más que un apoteosis prolongado del *imperator* y de la casa Julia y en que el pueblo inauguró el imperio con una inmensa orgía. César se dedicó á la fusión de los partidos, que no iban ya á tener razón de ser y al remedio de ciertos males de gran tamaño. Corrigió severamente los desórdenes en el ejército, la piedra fundamental de la nueva realeza; redujo á la mitad el número de ciudadanos que vivían en Roma á expensas del erario y á los otros los envió á colonizar las provincias, á pesar de que siempre el mendigo romano prefirió la limosna de la ciudad reina á la propiedad en cualquier otro lugar del mundo; suprimió los *clubs*, focos de descontento, estimuló la formación de la familia concediendo derechos y distinciones á los que cosechaban y tenían hijos, expidió algunas disposiciones suntuarias, etc. Era la paz, el orden, el bienestar que venían y que había sido preciso comprar con la libertad de una ciudad que tiranizaba al mundo; si el imperio oprimió á Roma, tendió á emancipar al mundo: es este su mejor título ante la historia.

La obra de César es múltiple, compleja y gigantesca como lo es siempre la obra del genio. Y no hizo más que bosquejarla, pero por los grandiosos cimientos del edificio se puede conjeturar lo que habría llegado á ser en manos de este artista maravilloso, cuya

materia prima era el mayor grupo social que la antigüedad nos presenta.

El año de 46, antes de emprender una guerra en Oriente sobre los parthos, para obtener definitivamente la monarquía (los libros sibilinos decían que solo *un rey* podía vencer á los parthos) abrió en España una campaña contra los pompeyanos que se habían apoderado de la provincia. Con increíble rapidez llegó á Córdoba pero no pudo obligar á Cneo Pompeyo, á Labieno y á Varo, á aceptar batalla en algunos meses. Por fin en Marzo de 45 se libró esta entre Ronda y Málaga, bajo los muros de Munda. Todo el ejército pompeyano fué destruido, Varo y Labieno, perecieron; Cneo fué asesinado poco después y solo quedó Sexto Pompeyo, que halló un refugio en los Pirineos, de donde volverá á la escena un poco más tarde.

Inmenso entusiasmo estalló en Roma; el vencedor de Munda fué declarado dios, se instituyó un colegio sacerdotal para su culto y se le colmó de honores divinos como á un autócrata oriental. El triunfo de César fué mirado como una especie de segunda fundación de Roma, las fiestas, los juegos, las orgías se sucedían. César, el gran seductor, trataba al pueblo romano como á una querida á quien se desea y se desprecia. Lo poco que faltaba á las fórmulas oficiales de su autoridad omnimoda, dictadura perpetua, prefectura de las costumbres vitalicias, derecho de nombrar á todos los funcionarios es decir, el poder electoral, la inviolabilidad legal del tribunado todo le fué conferido; y el emperador, título declarado hereditario, se sentaba en una curul de oro, con la túnica triunfal y coronado de laurel, teniendo un poco más abajo á los cónsules y á sus piés al senado y al pueblo.

Armado así por la fuerza y también por la gloria y por el genio ¿qué no ha-

bria podido hacer? Hombre de estado en la más grande acepción de la palabra, gran guerrero, artista, bueno de corazón, escritor inimitable, hecho para concebirlo todo y apto para ejecutarlo todo, probablemente habría precipitado los pasos de la civilización.

Y, sin embargo, el Senado aumentado hasta con extranjeros y convertido en consejo de gobierno monárquico legislaba, aunque César y sus amigos confeccionaban senados—consultos, sin intervención del alto cuerpo; el pueblo legislaba en los comicios pero conforme á la voluntad del soberano; vivían las instituciones republicanas pero en clase de simples instrumentos. ¿Eran otra cosa desde los Gracos? Todas las funciones conferidas á César ¿no son la suma de las que habían tenido ya, Mario, Cinna, Sylla y Pompeyo? La historia de la conquista del mundo, es la premisa de la historia del último siglo en que aristócratas y demócratas á porfía prepararon la constitución monárquica, sin la cual la unificación de la civilización helenolatina habría sido imposible.

Otorgar á todos los provinciales el derecho de ciudadanía, como había hecho ya con los italianos, inclusive los traspadanos, cosmopolitismo que era la ley misma de la evolución de las instituciones imperiales; hacer de Roma, no solo el primer municipio del mundo, sino un portentoso artístico, llena de obras colosales, anfiteatros, templos, muelles inmensos en Ostia, canales para salubricar las lagunas pontinas; dejar ahí en libertad á todos los hombres, á todos los cultos como había hecho con los judíos, levantar la agricultura en Italia y detener su despoblación, como había empezado á hacerlo; facilitar el contacto de los hombres cruzando el imperio de grandes vías que penetrarían en pos de sus ejércitos en el corazón de la Europa y del Asia; romper el istmo de Corinto;

levantar á esta ciudad, á Cartago y á tantas otras ciudades muertas; respetar las libertades y costumbres locales, pero tender á unificar por medio de la codificación de las leyes en todo el imperio, al mundo conquistado, obra que iban consumando á gran prisa, el latín y el griego; reformar el calendario, lo que llegó a realizarse, igualando con corta diferencia, los años civiles y astronómicos, hé aquí algo de lo que puede inferirse que proyectaba César por lo que principió á ejecutar.

Hacia el año de 44 estaba ya preparada la primera de sus grandes expediciones; numerosos elementos se aglomeraban en todo el Oriente, las legiones se reunían en Apolonia en derredor de Octavio, el hijo adoptivo de César, heredero presunto del imperio, (llegó á reinar con el nombre de Augusto) César iba ya á partir. La resistencia republicana se había abrigado en un grupo de aristócratas, en Cassius, hombre de odio y de codicia, nombrado gobernador de Siria por César, en Décimo Bruto, ambicioso que quizá era el mejor lugarteniente del emperador, en Marco Bruto, sobrino de Catón, cuyo ejemplo le quitaba el sueño, á pesar de que César, que lo colmaba de cariño y de honores (se decía que era su hijo, aunque esto era falso) le acababa de dar el gobierno de Macedonia, y en otros ambiciosos, resentidos ó fanáticos por el estilo. Proyectaron matar á César, porque á pesar de que había rechazado la diadema real que Marco-Antonio le ofrecía, no podían equivocarse sobre sus intentos, ni querían dejarlo rodearse en Oriente de sus veteranos.

El Senado estaba convocado para reunirse en los Idus de Marzo, con el objeto de deliberar sobre la respuesta de los libros sibilinos, acerca del rey que había de vencer á los parthos. Este fué el día escogido por los conjurados;

César fué á la Curia, á pesar de los avisos y de los presentimientos de su mujer. Una vez en el Senado, los conjurados le rodearon besándole las manos, la cabeza y la frente. Uno de ellos, Casca, lo hiere primero, y luego todos los demás; César quiere luchar; al ver á Bruto levantar el puñal, se cubre con su toga y muere. (15 de Marzo de 44).

Un puñado de fanáticos torció así el curso de la civilización humana sin remediar nada, sin resucitar ni por una hora siquiera, esa libertad de una sola ciudad, que la aristocracia, cuyos representantes eran, no había podido salvar. En aquellos tiempos de misticismo-político, en que los cultos y las prácticas misteriosas del Oriente lo invadían y lo corrompían todo, el dolor de los pueblos extranjeros estalló al saber que había muerto aquel redentor político de las provincias, verdadero Mesías social, que preparó el triunfo del Mesías religioso. En todas partes hubo prodigios, y el alma de César, el materialista y el ateo, cubrió al mundo con sus alas.—Inmensas procesiones de extranjeros, de judíos particularmente, llenaron de lamentaciones y de gritos de dolor, en todas las lenguas, las calles y las plazas de Roma, y es que el pensamiento de César se confundía con el movimiento íntimo del mundo, que se sentía preñado de una era nueva. Así acabó este hombre admirable, cuya ambición, cuyas faltas perdona la historia. Fué César, dice Mommsen, el mortal que ha trabajado y edificado más de cuantos le han precedido ó sucedido.

Antonio y Octavio.—Después del asesinato, los amigos de César, Antonio, Lépido, se ocultaron, pero los asesinos, pero los libertadores de Roma espantados de su propia obra no supieron obrar. Cicerón que se quejó de que no lo hubiesen invitado al festín de sangre, hubiera querido que el Senado hu-

biese recobrado el poder. Los asesinos ante la acalorada hostilidad del pueblo se encerraron en el Capitolio; Marco Antonio y Lépido que habían allegado algunas tropas y que poseían el tesoro particular de César, trataron con ellos para ganar tiempo. El 17 de Marzo, el Senado, después de una sesión violenta, se vió obligado para respetar los intereses creados por el dictador á no declararlo tirano y dió una amnistía.—Los conjurados y los cesarianos se abrazaron.—Marco Antonio procedió entónces á celebrar los funerales de César: leyó su testamento, en que adoptaba á Octavio por hijo y colmaba de perdones á sus asesinos. El pueblo se conmovió; á la vista del cadáver, de las heridas, estalló un grito inmenso de dolor y de la pira en cuyo derredor gemían los representantes de todas las naciones sometidas á Roma, partieron para vengar á César en los conjurados. Estos huyeron; Roma era de Antonio.

Sin embargo, este siguió pactizando con los conjurados, á quienes dejó encargarse de sus provincias, mientras Sexto Pompeyo era investido del proconsulado del mar. Llegó á hacerse decretar una guardia, y cuando á fuerza de atentados se creyó fuerte, hizo quitar sus gobiernos á Bruto y á Cassio, poniéndose él y Dollabella en lugar de los asesinos. Octavio, el imberbe sobrino ó hijo adoptivo de César, que estaba en Apolonia, en donde se reunían las legiones que iban á marchar al Oriente, desembarcó entónces en Italia. Iba á Roma á reclamar su herencia; el pueblo le acogió con entusiasmo, mas Antonio se le mostró hostil. Entretanto el Senado, dirigido por Cicerón, enemigo personal de Antonio, veía en Octavio un instrumento para sacudir el yugo del soldado de César; pero el hábil adolescente, que necesitaba por lo pronto de Antonio, se empeñó en evitar una ruptura, mien-

tras se servía del prestigioso nombre de su padre para minar el espíritu del ejército. Llegó así el mes de Octubre, y Cicerón que se había visto á punto de abandonar la Italia, al saber los progresos de Cassio en Oriente y de Sexto Pompeyo en el mar, se animó hasta el grado de lanzar contra Antonio su primera *filípica*, estando Antonio en Roma, en pleno Senado. El cónsul se puso furioso, pero al saber que sus legiones querían pasarse á Octavio, que éste había levantado un ejército por su cuenta, y ante la hostilidad abierta del Senado, decidió marchar á la Cisalpina, arrancar á Décimo Bruto su gobierno y triunfante y unido á Lépido, que gobernaba la Narbonesa, volver sobre Roma y Octavio.

Cicerón que multiplicaba sus filípicas (llegaron á catorce) y su energía, era el que en realidad ejercía el gobierno; aunque á medias, logró que el Senado declarase la guerra á Antonio, y marcharon sobre el cónsul que sitiaba á Décimo Bruto en Módena (*Mutina*), Octavio y dos nuevos cónsules, Hirtius y Pansa. Después de sangrientos combates en que, según Antonio, el hijo de César mostró poco espíritu militar, logró el ejército del Senado levantar el sitio de Módena, obligando á Antonio á pasar los Alpes, seguido de cerca por Décimo Bruto. Los cónsules habían muerto, y el verdadero jefe del ejército senatorial era Octavio; Cicerón, que hacía en estas circunstancias el admirable papel que Demóstenes había hecho en los últimos días de la libertad de Atenas, opinaba por colmar de honores al joven Octavio, hasta aplastarlo bajo ellos, y para esto, necesitaba ganar tiempo; Bruto y Cassio, con sus legiones de Oriente, habían recibido orden de acelerar su marcha hacia Roma. Entretanto Octavio, que con tanta repugnancia había ayudado á Décimo Bruto,

uno de los asesinos de César (el mismo á quien había colmado de honores, y que lo había obligado á ir al Senado el día nefasto de los *Idus*) antes de verse afiliado definitivamente en la misma facción que los asesinos de su padre, entró en arreglos con Antonio. El Senado, que solo había tenido grandes honores para el sitiado de Módena en aquellas circunstancias, se negó á dar el consulado á Octavio. Este, alentado por la defección de las legiones senatoriales, pasó el Rubicon y fué á buscar á Roma por la fuerza lo que de grado no se le había concedido; se apoderó de la ciudad y se hizo nombrar cónsul á los veinte años. Cicerón había huido.

Entónces pudo Octavio tratar de potencia á potencia con Antonio, á quien se habían unido Lépido y Plancio, y que había hecho degollar á Décimo Bruto, que vencido y fugitivo intentaba ganar la Macedonia. La entrevista de los dos rivales tuvo lugar en una isla del río Reno, cerca de Bolonia. Ahí se constituyó el nuevo triunvirato con Lépido, con el objeto de castigar á los que de cerca ó de lejos hubiesen tomado parte en la muerte de César. Primero, se había de limpiar Italia de anti-cesarianos, y después, Antonio y Octavio, marcharían sobre Bruto y Cassio. Los triunviros, investidos oficialmente con esta nueva función, decretaron en Roma una persecución espantosa; con el pretexto de vengar á César, los hombres del poder y sus secuaces buscaron el modo de saciar sus odios personales los unos, y los más de enriquecerse con el producto de las confiscaciones. Así como los triunviros habían empezado por inocular á algunos de sus allegados, para marcar el carácter implacable de la persecución, así durante ella se vió á los hijos denunciar á sus padres y á las madres cerrar las puertas á sus hijos perseguidos. Uno de los más sinies-

tros personajes de este drama, fué Fulvia, la mujer de Antonio, especie de *virago*, capaz de jugar con la cabeza de un ejecutado, como de montar á caballo y ponerse al frente de una legion. Era el lugarteniente al mismo tiempo que la hembra del triunviro. Al odio de ámbos fué sacrificado Ciceron, la víctima más ilustre de aquel tiempo. No sabiendo si dejar ó no la Italia, y habiéndose hecho desembarcar cuando ya navegaba para reunirse con Bruto, el gran orador, sorprendido en un camino, fué degollado. Fulvia atravesó con un alfiler de oro aquella lengua elocuente.

Espíritu débil, pero dotado de profundo amor á la libertad, tal como entónces se entendia, carácter irresoluto pero capaz de tocar al heroísmo cuando lo caldeaba la pasion del bien público, inteligencia poco profunda, pero vastísima, Ciceron no solo tiene el mérito de haber trasformado con su verbo incomparable la lengua latina, sino que en sus numerosas obras se consagró á propagar con las máximas de la filosofía griega lo que habia de más elevado y noble en el helenismo; fué el instrumento conscio de la fusion completa de los espíritus griego y latino, y en consecuencia, un agente admirable de la civilizacion humana. Quizá es este su mejor título al respeto de la historia, mejor que su incomparable elocuencia y que sus actos raros, pero brillantes de civismo. Su muerte rescató muchos errores de su vida.

Cuando ya reinaba un silencio de muerte en torno de aquel triunvirato de verdugos, cuando todos los habitantes de Italia hubieron pagado un impuesto extraordinario á los nuevos amos, éstos decretaron el apoteosis de César, y la persecucion cesó. La primera parte del programa de Bolonia se habia verificado. Ahora era preciso

abrir la campaña contra Bruto y Cassio por tierra, y contra Sexto Pompeyo, que dueño de Sicilia, imperaba en el Mediterráneo.

Bruto habia logrado consolidarse en su gobierno de Macedonia y habia atraído á sus banderas á los jóvenes romanos que estudiaban en Athenas, á Horacio entre ellos. Cassio se habia hecho fuerte tambien en la Siria, despues de obligar á Dollabella, el terrible yerno de Ciceron, á darse la muerte en Laodicea. Pero en lugar de reunirse y acudir al llamamiento de Ciceron, perdieron el tiempo, y Bruto se dirigia al Asia y Cassio al Egipto, á castigar á Kleopatra, cuando supieron que el triunvirato triunfaba en Roma y ensangrentaba la Italia.

Cassio y Bruto, cuando el primero hubo cometido los mas infucos atentados para hacerse de dinero, abandonaron juntos el Asia y penetraron rápidamente en Macedonia. Se encontraron con el ejército de Octavio y Antonio en la llanura de Philippos. De cada lado habia cien mil hombres, y si los cesarianos eran inferiores en caballeria, la infanteria de los republicanos no podia compararse con la del enemigo. Se libró una primera batalla; Cassio, derrotado, se suicidó; pero Bruto habia venido á Octavio, y la cuestión quedó pendiente. Mas como la flota de Pompeyo cortaba las riberas á los imperialistas, Marco Antonio se apresuró á librar la segunda batalla. Cuentan las tradiciones que la vispera apareció al estóico Bruto un espectro, que habia visto ya en Abydos, presagiándole su muerte. Efectivamente, el siguiente dia, á pesar de haber vencido de nuevo Bruto á Octavio, tuvo al fin que sucumbir, y se dió la muerte, despues de pronunciar este verso griego: *virtud, palabra vana, sombra efimera, esclava del azar. ¡ay, creí en tí!* Son las palabras más

tristes que nos ha legado la historia, dice Michelet. En esa batalla murieron los hijos de Caton y de Lúculo. (42).

Los vencedores empezaron á distribuirse el mundo, que habia de acabar por ser estrecho para aquellas dos ambiciones. Octavio volvió á Roma y Antonio marchó al Oriente. Iba cada uno de ellos en busca del dinero prometido á las tropas.

Miéntas Antonio recorria saqueando la Grecia y el Oriente, ya esprimidos hasta echar sangre, y rodeado de la pompa de Baco, prodigaba en interminables orgias el oro que estorsionaba; miéntas cautivado por Kleopatra, la antigua querida de César, que habia huido de Roma despues de la muerte del dictador, la seguía á Alejandria, en donde, arrastrado por esta mujer superior, se entregaba á todos los refinamientos de *la vida inimitable*, Fulvia y el hermano de Antonio, Lucio, intentaban arrancar Italia á Octavio. Los veteranos estaban furiosos porque no se les daba todo lo que se les habia prometido, y los italianos desesperados por las espoliaciones de que eran víctimas, (entónces fueron privados de sus bienes patrimoniales Horacio, Virgilio, Tibulo y Propercio) Octavio, á fuerza de sumision y de humillaciones, se atrajo definitivamente á los veteranos, miéntas que Fulvia y Lucio, improvisando un ejército de italianos, se apoderaban de Roma, de donde expulsado Lucio por el gran lugarteniente de Octavio, Agripa, marchó á Perusa. Allí, sitiado y reducido á la última extremidad, se rindió. La ciudad fué abandonada al incendio y al pillaje, Lucio relegado á España. Fulvia huyó á la Grecia y los otros amigos de Antonio se dispersaron (1). (41-40).

(1) Entre ellos Tiberius Nero, que se acogió á Sexto Pompeyo con su mujer Livia y su hijo Tiberio: la futura esposa de Augusto y el que habia de suceder á este en el imperio.

Marco Antonio, que se habia arrancado de los brazos de Kleopatra para ir á hacer la guerra á los parthos, volvió entónces sobre Italia, aliado ya de Pompeyo. En el camino tuvo una tempestuosa entrevista con Fulvia, que á poco murió en Sykione, y la guerra parecia segura, cuando los veteranos decidieron á los adversarios á celebrar la paz. En prueba de amistad, Antonio se casó con la virtuosa Octavia, hermana de Augusto. Las fiestas comenzaron en Roma, pero Sexto Pompeyo cortaba los convoyes de viveres y el pueblo no tenia pan. Hubo necesidad de tratar con aquel se le dieron Sicilia, Cerdeña y la Grecia por provincias, dejándole dueño del mar. Antonio se adjudicó el Oriente y el Occidente Octavio. Lépido estaba abandonado en Africa.

Estos tratados eran treguas. Pronto Pompeyo que se hacia rendir honores divinos en Sicilia, como hijo de Neptuno, comprendiendo que los triunviros aprovecharian la primera ocasion de acabar con él, volvió á emprender su guerra pirática. (38).

En el curso de esta guerra, Antonio apareció dos veces en Italia, gracias á su esposa; la segunda tuvo una entrevista con Octavio en Tarento, á la que asistieron los dos grandes amigos del futuro Augusto, Mecenas, un gran político, y Agripa, un gran hombre de guerra. Se separaron muy amigos, dejando Antonio á su rival 120 galeras, y llevándose en cambio algunas legiones para su guerra con los parthos.

Despues de un periodo de constantes reveses, logró Agripa formar una flota que pudiera competir con la de Pompeyo, miéntas Lépido, que habia venido de Africa, y Octavio, lograban establecerse en Sicilia con dos grandes ejércitos. Se libró una gran batalla naval que perdió Pompeyo; llegó fugitivo al Oriente, donde quiso reno-

var sus proezas piráticas, pero abandonado de todos, pereció en Mileto, á manos de un oficial de Antonio. En Sicilia, Lépido trató de recobrar su antiguo papel en el triunvirato, pero sus legiones se pasaron á Octavio, y fué confinado á Circeii, en donde vivió oscuramente veintitres años. Quedaban solos Octavio y Antonio (36).

Octavio se dedicó entonces á gobernar, respetando todas las viejas y amadas fórmulas republicanas; recogió el poder en sus manos, inauguró una era de moderación y de clemencia, é Italia, que para bien de la civilización se iba á ver libre de guerras por más de tres siglos, entró en un período de prosperidad y de seguridad interior; algunas ciudades colocaron por eso, las estatuas de Octavio entre las de sus dioses protectores.

Antonio, entretanto, seguía su vida orgiástica, interrumpida por accesos de fiebre guerrera. Después de su matrimonio con Octavia, había escogido por su domicilio á Athenas, en donde los descendientes de Milciades y de Temístokles, lo trataban como á un dios, y lo casaron con Athené; Antonio exigió la dote de la diosa. Ahí celebró el triunviro las victorias de su lugarteniente Ventidius contra los parthos, y fué en persona, aunque en vano, á sitiar á Samosata. Por ese tiempo (37) Herodes, gracias á la protección de Antonio, se apoderó del trono judío, y Antígono, último vástago de los Macabeos, que había sido coronado por los parthos, fué azotado y decapitado en una plaza de Antioquía.

Apenas Antonio volvió á Asia, después de la entrevista de Tarento, libre por fin de Octavia que se había quedado en Italia, llamó á Kleopatra á Laodicea y volvió á reanudar esa vida de insaciable amor, que es el más extraordinario episodio erótico que se cono-

ce en la historia. La reina era una mujer inteligente y ambiciosa que soñaba en ser emperatriz de Roma un día; hizo agregar nuevas provincias á su reino, y aún á expensas de las provincias romanas, el Egipto volvió á dominar la Fenicia, la Cele-Syria y Cypre.

Antonio continuaba sus inmensos preparativos de guerra contra los parthos. Para esquivar las estepas en que había perecido Crasso, emprendió su marcha por la Armenia y la Media Atropatena. A pesar de su inmensa *impedimenta* y de sus pesados trenes de artillería de sitio (balistas, arietes, etc.,) quiso llegar á Ktesifon antes del invierno. Retardado por sus convoyes, los abandonó, el enemigo los quemó, y como las batallas dadas á aquellos veloces caballeros parthos que combatían huyendo, no les causaban ningún daño formal, cuando sintió los primeros frios y lo hubieron abandonado los armenios, emprendió una retirada desastrosa, á pesar del admirable valor que él y sus soldados desplegaron.—Cuentan los historiadores antiguos que todo el desastre se debía á la impaciencia que tenía Antonio de volver á ver á Kleopatra. La reina en efecto lo esperaba en Fenicia y de ahí Venus llevó á Baco cautivo á Alejandría. En vano Octavia, cargada de presentes, vino de Italia á Athenas en busca de su esposo, acompañado de sus hijos y de los de Fulvia, á quienes cuidaba como á los suyos; Antonio la obligó á volver á Italia, en donde esta conducta causó una profunda indignación. Pero el triunviro había tomado un bebedizo, decían los antiguos, y siguió su carrera de locuras. Todos los tesoros artísticos y científicos de Oriente se concentraron en Alejandría por su orden; ahí celebraba sus triunfos vestido de Baco, agitando el thyrsos; los hijos que había tenido de Kleopatra eran declarados

reyes, de los parthos y armenios el uno y el otro de los fenicios y syrios, y para colmo de cinismo, quiso que el Senado confirmase sus actos y se quejó amargamente de que Octavio disponía del Occidente sin acordarse de él.

Octavio que en aquellos años había secundado por sus bravos generales Agrippa y Messala, vencido á los ilirios y hecho una correría alpestre que aseguraba las fronteras del imperio, que llenaba á Roma y á Italia de caminos, de canales, de acueductos, de trabajos de grande utilidad, se decidió á romper con su colega. Hizo leer en el Senado el testamento de Antonio y los Padres conscriptos declararon la guerra no al insensato triunviro, sino á la reina de Egipto.—El Oriente y el Occidente iban á chocar de nuevo.

Antonio estaba en el fondo de la Armenia, y al saber lo que pasaba en Roma, se apresuró á hacer sus preparativos de guerra. Pero Kleopatra se le reunió en Samos y en el seno de la voluptuosa sirena, el descendiente de Hércules se olvidó del mundo. Desde Athenas mandó á Octavia la carta de repudio; era hacer imposible todo avenimiento.

El año 71 se rompieron las hostilidades; Agrippa con su ligera flota obtuvo algunas ventajas sobre la del enemigo, en donde había naves de todas las regiones marítimas del Oriente, como en el ejército de Antonio había auxiliares medas, judíos, árabes, galatas, etc. Como Kleopatra quiso que la acción fuese naval, Antonio abandonando las probabilidades de éxito que habría tenido en tierra, se embarcó en sus pesadas naves y presentó batalla al enemigo á la entrada del golfo de Ambrakia, en Akarnania, junto al promontorio de Actium. En lo más reñido del combate la reina temiendo caer en manos de los octavianos que se le acercaban, huyó

con sus naves egipcias y Antonio quizá con el ánimo de hacer volver las naves, la siguió. Viéndose abandonados los jefes de la flota, se rindieron (2 de Setiembre de 31) y siete días después se rindió el ejército de tierra.

Octavio siguió al través de la Grecia perdonando y obsequiando espléndidamente á las ciudades hasta Samos, en donde pasó el invierno. Pero como los soldados licenciados estaban causando desórdenes en Italia, volvió á la península; fué recibido como un semi-dios, aplacó á los veteranos y marchó al Egipto.

Antonio estaba en Alejandría encerrado en una torre; Kleopatra, haciendo sondear el ánimo de Octavio, creía poder cautivarlo también, pero entretanto preparaba su fuga para la India por el mar Rojo. Octavio, que quería conservar la reina para su triunfo, alimentaba sus esperanzas, mientras se acercaba á Alejandría. En los alrededores de la ciudad Antonio mostró una gran bravura, mas ante la defección general y creyendo muerta á la reina, se atravesó con su espada. Agonizante aún, se hizo trasladar al mausoleo en que Kleopatra se había fortificado y ahí murió pidiendo vino. Baco debía morir así.

Prisionera de Octavio Kleopatra antes que seguir el carro triunfal del vencedor por las calles de Roma se hizo morder, cuenta la leyenda, por un áspid y murió, después de haber intentado en vano apoderarse del corazón de Octavio.

El Egipto fué reducido á provincia romana y Octavio después de arreglar los asuntos del Asia regresó á Italia. Era ya el dueño único del imperio

EL IMPERIO.

DE AUGUSTO A NERÓN. (30 a. J. C.—68 d. J. C.)—*Augusto*.—*Organización del Imperio*.—Una conspiración del hijo de Lépido para asesinar á Octavio, que Mecenas sofocó hábilmente, fué la última protesta de la aristocracia republicana vencida. Este incidente apénas interrumpió el concierto de elogios y de adulaciones que el mundo oficial elevaba en honor del *Salvador de la Patria*, concierto dirigido por el Senado. Los límites de esta obra no nos permitirán fijarnos minuciosamente en los detalles de las nuevas instituciones; nos bastará trazar sus lineamientos principales, para hacer resaltar su verdadero carácter.

Cuando los senadores, el año de 29, hacían tribuno por tiempo indefinido y daban el derecho régio de hacer gracia á Octavio, que estaba ocupado en el Asia menor en levantar templos á su padre y en dejarse llamar dios por los griegos, se hacían eco de una verdad que estaba en todas las conciencias y que Tácito ha formulado así: *non aliud discordantis patriæ remedium fuisse quam ut ab uno régeretur* (Annales). Sin tener el nombre, era, pues, un rey el saludado por los romanos en el mes de Agosto (llamado así despues) de 29, en el hombre que escoltado de sus generales que acababan de triunfar en las provincias recién conquistadas (España, Aquitania, Bélgica) contra los últimos conatos de independencia y de asegurar la tranquilidad en las fronteras batiendo á los bastarnos y á los dacios, cerraba el templo de Juno é inauguraba la paz interior y exterior, *la paz octaviana*. Las fiestas, los juegos, los regalos al pueblo, cuyo papel político cesa por completo desde entónces, reduciéndose al de simple comparsa del drama imperial, fueron maravillosos y entró repentinamente

tanto dinero en la circulación, que el interés bajó de dos tercios en toda Italia.

El plan de Octavio fué el siguiente: ejercer todo el poder absoluto que creyera conveniente; pero respetando las fórmulas republicanas, quería conciliar artificialmente las nuevas instituciones con el pasado y obró, en consecuencia, no como un comediante como muchos han supuesto, sino probablemente de buena fé. La mentira estuvo ántes en la combinación política que en el ánimo del fundador del imperio. Para llevar su idea adelante necesitaba retener la fuerza, toda la fuerza en sus manos; quedó constituido el ejército permanente y él se llamó *imperator*, es decir, jefe supremo, absoluto y vitalicio del ejército, que le prestaba juramento; tal era desde Julio César el significado del viejo título de honor republicano.

Con esta premisa se comprenderá que cuantos límites tuviera el poder del emperador y cuantas facultades quedasen al Senado, dependían de la voluntad, de aquel, puesto que el uno era un poder armado é inerte el otro. Octavio quiso marcar estos límites, y por eso Monunsen ha dicho en su libro sobre el *Principado*, que no fundó una *monarquía* sino una *dyarquía*. Efectivamente partió con la antigua asamblea oligárquica el poder y para esto empezó por depurarla en su calidad de prefecto de las costumbres, magistratura que había reemplazado á la censura; también levantó de la degradación en que yacía á la clase ecuestre y como César creó nuevas familias patricias. Los hijos de los senadores y caballeros formaron una clase aparte que tuvo sus honores y sus derechos hereditarios. Quería formar una aristocracia toda suya, que viviendo del príncipe y por el príncipe fuese el mejor apoyo del trono; así el Senado fué el cuerpo legislativo y en el orden ecuestre reclu-

tó Octavio su personal de administración.

Cuando el hombre se mostró hábil cómico fué cuando el año de 27, abdicó en manos del Senado todos sus poderes; los que estaban y los que no estaban en la intriga comprendieron que con la falta de Octavio aquel edificio de paz y de seguridad en que todo el mundo encontraba ya cómodo abrigo, venía por tierra, y lejos de aceptar aquella fingida muestra de interés, tornaron á confirmarle en sus funciones aumentándolas. Era un pueblo que abdicaba, no un emperador que usurpaba. Siguiendo Octavio el desarrollo de su pensamiento capital, dejó al Senado el gobierno de todas las provincias interiores completamente desarmadas, eso sí, reservándose el emperador el de todas aquellas en que eran necesarias las legiones, lo que era por otra parte una necesidad de la situación. Consecuencia de esta determinación fué la división de la hacienda pública, en *erarium*, administrado por los senadores y *fiscum*, administrado por los agentes del emperador. ¡Qué sorpresa para aquella asamblea á quien no importaba ya la esencia sino el nombre de las cosas! Octavio fué denominado desde entónces con un nombre divino: *Augusto*.

El emperador marchó á organizar las Galias y sus lugartenientes sometieron á los astures y cántabros en España cuando volvió el año 24. El Senado entónces lo dispensó de obedecer una ley sobre donativos, lo que fué el principio de la teoría desarrollada luego por los jurisconsultos de la cancillería imperial, por Ulpiano sobre todo, de que el emperador no estaba ligado por ley alguna y en los honores tributados á Marcellus y á Tiberius, apuntaba la idea del poder hereditario.

Augusto tuvo entónces la fortuna de enfermarse de gravedad y como en su

testamento aparecía que devolvía el poder á la república y nombraba á Agrippa su sucesor, el Senado no pudo ménos, cuando escapó de la muerte, de hacerle tribuno vitalicio, lo que significaba que á pesar de haber renunciado al consulado, se reunía en sus manos la autoridad civil á la militar. Así haciéndose dar Augusto lo que hubiera podido tomar, imprimía al nuevo orden de cosas el sagrado carácter de una institución legal. Así todo se iba concentrando en sus manos; como tribuno, poseía una parte del poder legislativo, como príncipe del Senado dirigía los debates, como procónsul, ejercía la potestad civil en las provincias, como emperador era dueño del ejército. Le faltaban la censura y el consulado perpétuo. Los obtuvo valiéndose de un hábil medio. Hizo nombrar dos censores, antiguos proscritos que envilecieron el cargo; fué suprimido; dejó nombrar dos cónsules, y lo hicieron tan mal que la ciudad se vió entregada á agitaciones terribles, y el año 19, mientras Augusto estaba en Oriente y recobraba de los parthos las enseñas de Crasso, un cónsul solo quedó al frente de Roma; las agitaciones tornaron á invadirlo todo y Augusto se apresuró á volver. Fué hecho entónces cónsul vitalicio, con el poder de hacer leyes. El se contentó con responder á las consultas que se le dirigían de todos los puntos del imperio por medio de edictos y rescriptos imperiales, verdaderas leyes generales en las que dirigido por hábiles jurisconsultos, fué haciendo entrar los principios de lo que ya se apellidaba *el derecho natural* en la legislación que gracias á eso pudo llamarse un día *la razón escrita*.

Augusto que se hacía renovar cada diez años generalmente sus poderes (de donde se derivó la institución de las fiestas *sacra decennialia*) emprendió

una nueva depuración del Senado, porque había notado en la augusta é inútil asamblea ciertos pujos de autoridad. Labeón, el gran jurisconsulto que ayudó á Augusto en esta expurgación, hizo volver al Senado al anciano Lépido. El año 13 murió éste y Augusto fué electo *pontífice máximo*, cargo vitalicio que le confería la dirección oficial del culto.

Había acaparado ya todos los poderes y sin embargo la vetusta armazón de la república existía; el emperador vestido con los trajes que le hacían su mujer y su hijo iba á votar en su tribu como un simple ciudadano, aquel pueblo de paniaguados de César celebraba sus comicios y el Senado gobernaba sus provincias y recibía embajadores; pero todo era por gracia de una voluntad soberana.

Para completar su obra, Augusto se rodeó de un número siempre creciente de empleados, porque para todo creaba reglamentos y funciones nuevas. Así nacieron los prefectos de la ciudad, del pretorio, que había de adquirir tanta importancia, de los víveres etc. Un consejo particular del príncipe, del que formaban parte los cónsules, algunos miembros de la familia imperial y sus amigos movían aquella maquinaria inmensa y sus decisiones tuvieron fuerza de *senados-consultos*: tal fué el origen del *consistorio imperial*. Cosa singular, administrado así este imperio no necesitaba soldados en el interior; en la frontera había trescientos mil hombres reorganizados según los sábios consejos de Agrippa; en las provincias en Italia, en Roma la sombra benéfica de un gobierno justo.

El imperio como se ha dicho ya, era una monarquía absoluta compuesta de municipios aristocráticos. Efectivamente Augusto respetó muchas franquicias locales y se apoyó según el antiguo sistema republicano en las aris-

tocracias locales. Su idea era en todas partes establecer clases y gerarquías, lo que Napoleón llamaría los cuerpos intermediarios y esto sucedía en toda Italia. Nadie se quejaba, sin embargo; el pueblo tenía trigo y trabajo, porque la agricultura cantada por todos los poetas de la época, empezaba á renacer, el sistema aduanal restablecido por César daba ya sus frutos, impartiendo una protección necesarísima á las industrias italianas y las grandes construcciones emprendidas entonces en todas las primeras ciudades del Imperio, que procuraban siempre imitar á la capital proporcionaban recursos suficientes á los miserables. En Roma no solo construyó Augusto, sobre todo en derredor del campo de Marte, templos, teatros y pórticos sino que se hizo imitar por sus cortesanos. Entre todos se distinguió Agrippa, el fundador del templo á Júpiter Vengador, llamado después el Pantheon; el que, dice Plinio, estableció 700 abrevaderos, 105 fuentes brotantes, 130 depósitos, 170 baños gratuitos; en estas construcciones colocó 300 estatuas y 400 columnas de mármol; todo en un solo año.

Augusto quiso llevar adelante su obra moralizadora á fuerza de popularizar sentencias de buen vivir y de depurar un tanto el culto, por una selección de los oráculos que corrían en el vulgo. En aquella sociedad en que la incredulidad y la superstición se daban la mano, en que el epicureo César escribía libros sobre los auspicios, no bastaba prohibir á los magos profetizar bajo pena de muerte, ni reducir el número de los libros sibilinos, el mal era más profundo; pero el vicio, por lo ménos, dejó de ostentarse cínicamente. Las leyes contra la seducción y el adulterio atestiguan la tendencia del gobierno imperial. En este orden de ideas, unidas con otras del orden económico, sobre

todo la de detener la espantosa disminución de hombres libres, que se hacía cada vez mayor, Augusto promulgó la famosa ley *Papia Poppæa*, verdadero código que comprendía una legislación completa sobre el matrimonio, las dotes, las donaciones, el divorcio, las herencias, los testamentos, etc. Su objeto principal era fomentar el matrimonio y poner coto á los constantes divorcios que lo prostituían; los célibes, los cónyuges, en los matrimonios estériles, tenían derecho á heredar mucho ménos que los que tenían hijos legítimos á quienes se les concedían honores y privilegios; algo se remedió con estas severas medidas.

Las provincias estaban destinadas á recoger mayores beneficios del Imperio que de la República. La exacción y la violencia que eran la regla en los tiempos de la segunda, fueron la excepción en la era imperial.—El príncipe que vela en las provincias su patrimonio, tenía interés en administrarlo bien; todos los gobernadores estaban sujetos á su inspección, lo mismo los que nombraba el Senado (procónsules) que los que nombraba él (pro-pretores.) En lugar de los antiguos cuestores para velar por el fisco imperial fueron creados *procuradores*, funcionarios que habían de llegar á desempeñar un papel importantísimo en la evolución de las instituciones imperiales. El cambio principal consistió no solo en que empezó á ser efectiva la responsabilidad de los gobernadores, sino en que se perpetuaban casi en sus cargos, por consiguiente no se daban prisa para enriquecerse en un año como los gobernadores de la República.

De los 18 años que siguieron á Actium 11 pasó Augusto en las provincias consolidando la obra de la conquista; su gran medio era el tradicional de Roma: las colonias. En las Galias hizo

nuevas divisiones administrativas para borrar los recuerdos del antiguo orden social, logró que muchos galos abandonaran su religión nacional, el druidismo, reemplazándolo por el culto de Roma y de Augusto, lo que dió motivo á las grandes reuniones de la nación gala en las cercanías de Lyon, la verdadera capital de las Galias; ahí, en España, en Africa, derramó la población italiana, construyó grandes caminos por donde quiera; así apresuró maravillosamente la romanización de estas provincias. Luego (21) pasó por la Sicilia, penetró en Grecia, calmándolo y reparándolo todo, y estableciendo á los italianos en todas partes á lo largo de la gran ruta que por el golfo de Corinto y Delos, seguía el comercio entre Italia y Asia. Otras grandes vías de comunicación quedaron establecidas como la *via Egnatia* que partiendo de Dyrrachium llegaba á Tracia.

En Asia, lo visitó todo, decidiendo infinidad de cuestiones soberanamente; dando libertad á unas ciudades, quitándola á otras, dándole á muchos los derechos latinos, suprimiendo reinos como el de Galacia, creando otros como el del Bósforo Kinmeriano que dió á Palemon, deponiendo al cruel monarca de la Comagena, manteniendo á Herodes en Judea, entablado relaciones más sólidas con los árabes, castigando á Gallus gobernador del Egipto que se daba aires de Faraon, ejerciendo en todas partes la justicia, pero cuando era necesario posponiéndola á los intereses de Roma. Los provincianos afluían á la gran ciudad en donde muchos de ellos desempeñaban puestos eminentes y los reinos independientes clamaban por ser reducidos á provincias romanas.

Mientras una comisión de geómetras recorría el imperio para medirlo y se echaban las bases del catastro, sin el